

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos.

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Número 4, Diciembre 1995

Palabras para traer entre nosotros a nuestro padre

Sabina Berman

pp. 52-56

Palabras para traer entre nosotros a nuestro padre

Sabina Berman



Leído en el servicio religioso en memoria de Hershl Berman, sinagoga Beith-Ysrael, México, 1994.

Dramaturga, novelista y poeta mexicana. Entre sus obras más recientes figuran las novelas *La Bobe* (1990), *Un grano de arroz* (1994), *Amante de lo ajeno* (1955); las obras teatrales *La grieta* (1992), *En el nombre de Dios* (1993), *Entre Villa y una mujer desnuda* (1993; Premio Heraldo y Premio de la Asociación de Críticos), *Berman* (recopilación, 1994); y el poemario *Lunas* (1989). Escribe también teatro infantil, y guiones para cine y televisión.

UNO de los adjetivos que mi padre más usó era **terrible**. Lo usaba en referencia a los eventos donde la destrucción triunfa sobre la vida. Las guerras, las enfermedades, los fracasos de proyectos. **Terrible**, decía meneando la cabeza, con ojos tristes. Y no agregaba otra opinión, ni imaginaba remedios o moralejas. Nada más decía **terrible**, y se quedaba callado como quien admite la tragedia, como quien no trata de escapar de ella, como quien sabe que la tragedia tiene una enseñanza profunda y esa enseñanza es el silencio.

Cuando recuerdo a mi padre, ahora que ha muerto, lo primero que recuerdo es eso: su silencio. Su silencio grave, denso, que además no era infrecuente. Mi padre, Enrique Berman, era un hombre de silencios largos. Aún más: creo que el silencio era la médula de su personalidad; el silencio como un anticipo de la muerte en la vida, el silencio como la muerte atestiguando nuestros quehaceres de la vida, dándonos una mirada sobria sobre nuestros pequeños quehaceres de vivos.

Un bufón gritón, un histérico del odio, una caricatura de político, Hitler vocea en una plaza tapizada de miles de proletarios emprobrecidos: *Deutschland über alles*, y unos meses después te quedas sin madre ni hermanas ni tíos ni amigos de la infancia. El paisaje de tu infancia arde en llamas. El paisaje de tu infancia se vuelve cenizas. Tu infancia misma ha sido devorada por la violencia.

Como tantos otros de su generación, como Bashevis Singer, que no en vano era su escritor predilecto, en la Segunda Guerra Mundial mi padre perdió la inocencia de explicar la tragedia. En este siglo de las grandes explicaciones, donde la explicación plaga los relatos de los hechos, en este siglo en que las ideologías prometieron salvarnos, era un hombre que descreía de las ideologías, de las interpretaciones, de las ideas morales simples, y en general de la primacía del intelecto sobre la realidad.

Un hombre poco convencional, a menudo anti-convencional, poco sociable, a menudo anti-sociable. Era un anarquista que ni siquiera se consideraba anarquista.

Es curioso entonces que el otro de los dos adjetivos que más usó mi padre haya sido **fabuloso**.

Alguna vez mi hermano Jorge y yo, tal vez por parecernos a él, le dijimos que este era un

siglo terrible y mi padre, que realmente sí vivió casi completo este siglo, dijo que no, que este era un siglo fabuloso. Volábamos a Miami para un torneo de tenis, y él dijo: Dense cuenta, estamos volando. En el siglo pasado viajaban en caballos o en tren. Dense cuenta, estamos sentados en una máquina de acero y estamos volando, es **fabuloso**.

Y como cada que decía **fabuloso**, se le abriellantaron los ojos y se rió. Y no se explayó más en justificar su entusiasmo.

Fabuloso decía para calificar las hazañas de la técnica, los espectáculos artísticos de energía desbordada y cierta gente frívola. Porque esa gente simpática, amena, que de verdad parecía vivir sin desgarradura alguna: esa gente que veía moverse ligera como mariposas entre la otra gente; esa gente frívola, igual que las obras de la técnica, o los espectáculos desafortadamente intensos, le parecían que derrotaban, a fuerza de vitalidad, a la muerte.

• • •

HAY que imaginarlo de niño, a Hershl Berman, en un cuarto de la casa, con su mejor amigo, Zev. Está nevando afuera, en Ratzin. Es el invierno polaco. Otros inviernos sólo quedaba ponerse a leer; ahora los niños tienen el juguete fabuloso de un radio. Un radio primitivo: mueven la resistencia hasta sintonizar una estación: oyen asombrados la voz de un locutor que transmite desde Varsovia.

De las pocas imágenes que mi padre rememoraba para sus hijos, ésta es de las más antiguas.

Contaba mi padre (pero tal vez no lo vivió él y contaba lo que le habían contado) que hacía algunos años el primer foco llegó a Ratzin, y la gente celebró la maravilla de esa esfera de cristal iluminada como si hubiera llegado un ángel al pueblo. La gente aplaudió ante ese solecito eléctrico con la felicidad con que los niños salían de la casa del *jeder* a saltar bajo el primer sol franco de la primavera.

Mi padre nunca se recuperaría del asombro de ese primer foco y ese primer radio. Cuando tuvo 17 años su entusiasmo por la tecnología y el antisemitismo polaco lo llevaron al otro lado del mundo; justo a tiempo para evitar en carne propia el desastre de la Segunda Guerra Mundial.

El lo contaba así. Estaba un domingo con Zev en un parque de Varsovia. Eran conscriptos. Un grupo de conscriptos los rodeó. Y dijeron que le iban a romper la cara al judío porque era eso, un judío. Y todavía precisaron: Al de la nariz grande. Sería que Zev era el más bajo de estatura, el que parecía más fácil de golpear, el caso es que a pesar de la nariz imponente de mi padre, a Zev le veían la nariz grande. Lo empezaron a golpear, a Zev, y luego de un momento de indecisión entre huir o no, mi padre metió las manos en la riña para defender a su amigo. Quedaron tumbados los dos con las narices sangrantes y viendo el cielo se preguntaron qué hacían vestidos de soldados polacos, qué esperaban para irse de ese país cuyas universidades además tenían cuotas pequeñas para la admisión de judíos.

Zev se fue a Israel a estudiar medicina y Hershl se fue a estudiar ingeniería al Tecnológico de Massachussets.

O eso hubiera querido. Desde México habría de esperar la visa de estudiante para ingresar a Norteamérica.

Estaba en eso, en la espera, cuando una mañana escuchó en el Zócalo de la ciudad de México hablar a Lázaro Cárdenas. Para entonces mi padre era izquierdista y le simpatizaba el presidente mexicano. Esa mañana lo deslumbró. Cárdenas concluyó su discurso pasándole la palabra al líder de las juventudes revolucionarias, un joven llamado Lisker, de nariz grande, de nariz tan grande como Zev.

Ahí mismo mi padre decidió quedarse en México, donde le gustaban la fruta tropical, los ceviches, los centros nocturnos, los boleros románticos y los mariachis, el sol de primavera durante los 12 meses del año y las mujeres morenas y jacarandosas.

Años después se casaría con una mujer rubia, de ojos verdes, polaca, que hablaba idish; pero que a su vez admiraba la cultura mexicana, oía boleros románticos, quería ir la UNAM a estudiar, sabía bailar mambo y se ponía bikini para tomar el sol. Fue como casarse con su origen sin contradecir la filiación a su nueva patria.

Mi padre se graduó de ingeniería con una tesis que era un proyecto para una planta hidroeléctrica en el río Balsas. Mi padre pasó años electrificando el este del país a cargo de la Compañía de Luz y Fuerza. Cuando descubrió que, a pesar de sus primeras suposiciones, ser judío le impe-

día avanzar en la jerarquía de la Compañía de Luz, fundó la primera fábrica de tornillos de acero del país.

Le fue bien con Tornillos Spasser. Económicamente hablando y de otras formas menos evidentes, nos fue bien con Tornillos Spasser. Mis hermanos recordarán conmigo las sucesivas casas que fuimos habitando, cada vez más amplias, cada vez más desenfadamente al gusto estético de nuestra madre. Mis hermanos recordarán también que, sin embargo, en nuestra casa se habló bien poco de dinero o status social. Mientras fuimos niños, mi padre vino a casa diariamente a comer, y aunque casi no hablaba, planteaba durante la comida asuntos de conocimiento para que nosotros habláramos. ¿Quién sabe más palabras en inglés que empiecen con W? ¿Quién leyó qué libro esa semana? ¿Quién sabe qué está sucediendo en Algeria?

La semana en que nos cambiamos a la casa de Sierra Vertientes, una casa grande de pisos de mármol y espacios de museo, mi padre vino a media tarde a ver con nosotros en la tele la llegada del primer ser humano a la Luna.

Fabuloso, dijo. Y se rió.

Hay un momento que quiero recordar con mis hermanos. Como todos trabajamos en Tornillos Spasser, por lo menos de niños, cuando en las vacaciones papá nos contrataba de obreros, cada uno compartió con él su rito de mediodía. Regresaba de dar su ronda matinal a la planta de máquinas y entonces en su oficina, en el ruidero de la fábrica funcionando al 100%, se cambiaba sus zapatos Florshine manchados de aceite por otros Florshine idénticos pero limpios, salía al balcón, se quitaba la camisa y la camiseta y abría los brazos mirando al sol. Creo que era muy feliz en esos momentos de sol y ruido de máquinas. El mundo trabajando, transformando sus energías, el sol en la piel. Me acuerdo de él, muy feliz así.

Allí por los sesenta la casa empezó a sembrarse con juguetes que funcionaban con la luz del sol. Los primeros transformadores de luz solar, sin uso práctico todavía. Focos con un reguilete diminuto al centro, que giraba al contacto de la luz diurna. Un encendedor solar. Una cajita de música.

Misteriosamente, el asunto de la energía solar unía varios de los amores de mi padre: su pasión por la técnica, su adoración al sol y su



sionismo. Porque mi padre pensó que si algo importante le faltaba a Israel era el petróleo y que si algo le sobraba a Israel era sol; y pensó que desarrollar la tecnología para la transformación de la luz solar en otras energías era lo mismo que garantizar la independencia del Estado Judío.

Años antes de que el uso de la energía solar empezara como hoy a ser un hecho, cuando apenas era una esperanza de unos pocos científicos, regaló una biblioteca, fundó una cátedra y cofundó otra cátedra para la investigación en este campo.

Sé que jugaba con la idea de viajar a Israel una vez retirado, e involucrarse de cerca en la investigación sobre energía solar que ayudaba a financiar.

Hubiera estado muy contento, me parece, de haberlo hecho.

Antes tuvo un derrame cerebral. Vimos a mi padre agotarse, agostarse, envejecer treinta años en siete. Quedarse absolutamente distante.

Ese deterioro suyo fue un golpe para los que lo quisimos tanto. Un golpe lento, tremendamente lento; un golpe que duró siete años en seguir cayéndonos encima y nos aventó más allá del dolor, más allá del desconsuelo.

Estas palabras que mis hermanos me han pedido que junte para recordar a Enrique Berman han sido nada más para eso: para traerlo aquí un rato entre nosotros.

Cada uno a su manera sé que honra su memoria. Y lo siente vivo, a su manera. Para mí vive en la sobriedad del trabajo bien hecho; en el pasmo feliz ante lo fabuloso y el pasmo pavoroso ante lo terrible; y en los momentos de sol y de silencio.

